

El día que Javier se jubiló como inspector organizó un convite para todo el personal de la Inspección. Como se acostumbra en estos casos, el jefe de la Inspección tomó la palabra para dirigirle unas palabras de despedida, palabras que tradicionalmente cantan las virtudes profesionales y personales del que se va. El convite había sido excelente, la verdad, y nos disponíamos satisfechos a escuchar un discurso aburrido donde seguramente nos costaría reconocer al “Crespán”. Pero en lugar de esto, el jefe, jefe adjunto para ser más precisos, se dirigió a Javier y le dijo: “Mira Javié- es andaluz-, mira Javié, una cosa te digo: ¡este es el mejor aperitivo que se haya hecho nunca en esta Inspección!” Y cómo todos estábamos de acuerdo, prorrumpimos en aplausos y se acabó el acto.

Estoy seguro que a Javier le divertiría ser recordado como aquel inspector que pagó el convite de despedida mejor y más memorable de los que se hayan hecho nunca en la Inspección y que, en cambio, rechazaría a gritos cualquier panegírico. Pero ya sabéis que estos discursos se hacen más para los que nos quedamos que para los que marchan, y por eso me resulta inevitable hacerlo.

Para mí, hay tres cosas que siempre recordaré de Javier.

La primera, es su energía inagotable. Que se haya muerto Javier, es cómo si la SEAT dejase de fabricar coches, como si una gran locomotora dejara de funcionar. No paraba nunca: era una continua máquina de ideas, pero también un hombre de acción. Pero lo más notable es que nos arrastraba a todos los que le rodeábamos. Su energía, o mejor, su entusiasmo, tenía algo de contagioso. Fue con este entusiasmo que fundó la UPIT, la Unión Progresista de Inspectores de Trabajo, de la cual es de justicia reconocer que Javier ha sido el alma, y a menudo el cuerpo. Estar en el secretariado de la UPIT significaba recibir puntualmente, a las ocho de la mañana, una llamada que invariablemente empezaba por: “Bon dia. Javier Crespán” y a continuación seguían toda una serie de ideas, comentarios o instrucciones. A las reuniones venía siempre con aquella maleta de cuero, rellena de papeles, todos ellos bautizados con nombre propio y conspiratorio: “documento López Parada”, “dossier Adrián”, “propuesta Juan Ramón Seco”...

El segundo rasgo que quiero destacar de Javier es el de su curiosidad por todas las cosas, la curiosidad de un niño. Podías ir paseando con él, hablando de cualquier tema y, de repente, pasaba a interesarse por el motivo de la forma de una chimenea o por algún detalle nimio que le había llamado la atención. Recuerdo una vez, en Turín, a donde habíamos ido para una reunión de inspectores de diferentes países, que tomamos un taxi para que nos llevase al hotel desde el aeropuerto. El hotel se hallaba en una calle corta y estrecha, que se llamaba, no lo olvidaré nunca, Ilarione Pettiti. Pues bien: después de interrogar al taxista sobre los entresijos de la política local turinesa, los que íbamos en el asiento de atrás le oímos preguntar: “E questo Ilarione Pettiti...qui é?”.

Para acabar: para mí, y para muchos de los inspectores que lo hemos conocido, Crespán, Javier, fue, sobre todo, un maestro. Una vez, un inspector que marchaba de la inspección, confesó públicamente que, para él, Crespán era el “jefe natural” de la inspección (un comentario, por cierto, que no sentó nada bien a aquel que, en aquellos momentos, era el “jefe legal” de la inspección). No era un inspector convencional, en absoluto. Pero era un magnífico inspector, con una idea muy clara de la función social de esta profesión y del servicio que le corresponde desarrollar en la defensa de unas condiciones de trabajo dignas.

Buen viaje, Javier. Allá donde llegues, si a algún lugar tienes que llegar, seguro que te estará esperando Ilarione Pettiti para darte un abrazo y agradecerte haberlo evocado en un taxi turinés. Descansa en paz amigo, compañero.

*Leído en catalán, la lengua en que se redactó, el día 26 de mayo de 2013, en el Tanatorio de Les Corts, su barrio, en el acto de despedida última de Xavier Crespán.*